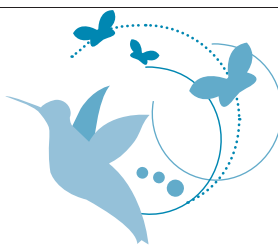


LA EFEMÉRIDE



Hace 92 años (1919)

Salvador Seguí, el Noi del Sucre, lidera la huelga de La Canadiense, en Barcelona, que dura 44 días



CHARLES PLATIAU / REUTERS

La baronesa Ariane Langner de Rothschild desembarca en la isla de Guadalupe en noviembre del 2006

Una Rothschild no judía

ÓSCAR CABALLERO

París
Servicio especial



Ariane Langner nació en San Salvador, en noviembre de 1965, hija de un ejecutivo alemán y de una francesa que luego criaría cerdos en Colombia. El destino la hará pasar de banquera, de plebeya a baronesa, de asalariada a gestora de 110.000 millones de euros. Y desde abril del 2010 se ocupa de futuros vinos de Rioja, de noble cuna: Bodegas Benjamin de Rothschild y Vega Sicilia, el más emblemático de los caldos españoles, al cincuenta por ciento.

Porque la salvadoreña es la baronesa Ariane de Rothschild, casada con Benjamin, de la rama rica de la riquísima familia. El barón Edmond, padre de Benjamin, fallecido en 1997, tuvo un largo y feliz matrimonio con una actriz de cine, Nadine Tallier, hoy la baronesa Nadine Rothschild, profesora de urbanidad y buenas maneras en Ginebra, uno de los domicilios familiares.

El barón Benjamin y Ariane, que sólo se convirtió en su esposa ya embarazada de la segunda hija, viven entre su palacete parisino de la Rue de l'Élysée, el castillo ginebrino, un inmenso coto en Mozambique, un chalet en Austria, un piso en Pekín y, en las afueras de París, la granja modelo en la que producen el único queso de Meaux con DO y otra que protege, bajo una carpa de

La baronesa Ariane es la única mujer en todos los consejos de administración del grupo

plástico, a temperatura constante, cerca de cien coches deportivos, capricho del barón.

Sin olvidar el Château Clarke, en Burdeos, vino creado por el barón Edmond, accionista por otra parte de monumentos vinícolas como Lafitte y Mouton Rothschild.

“Un Rothschild que no es rico, judío, filántropo, banquero, traba-

jador, no es un Rothschild”, solía decir el barón Edmond. Ariane no se ha convertido, sin embargo, al judaísmo. Eso sí, lo de banquera lo empolló: diplomada en Gestión Financiera y Economía en Nueva York y analista financiera en Australia y Nueva York. Pero lo que más le marcó fue su infancia, entre Bangladesh, Colombia y Congo: “Había un calor humano que no reencontré en Europa”.

Por eso, tras un paréntesis universitario en París, prefiere instalarse en EE.UU. Cosas de la vida, su empresa la envía a París para ocuparse de unos asuntos de los Rothschild. El flechazo es inmediato. Seis años en pareja, el matrimonio y un ascenso profesional paulatino que la sienta, en el 2007, en todos los consejos de administración del grupo –única mujer– y la convierte en el 2009 en vicepresidente del grupo Edmond de Rothschild. Nivel inédito para una mujer, que además cuelga en su despacho la fotografía de un muchacho de una mara de El Salvador, firmada por Isabel Muñoz y cuyo mayor placer, asegura, es marchar descalza por la selva.●

La mujer del ‘speaker’, semidesnuda

Sally Bercow, esposa del *speaker* (presidente) de la Cámara de los Comunes, ha escandalizado a gran parte de la sociedad británica al posar para el *Evening Standard* tapada sólo por una sábana y con el Parlamento de fondo. Bercow, de 41 años, declara que el hecho de vivir en un apartamento a cargo del erario público en Westminster ha convertido más picante su vida sexual. “Desde

que John fue nombrado *speaker*, hay más mujeres que le persiguen, pero no estoy celosa, porque lo mismo me ha ocurrido a mí con los hombres”, afirma. Considera divertido que la llamen la Carla Bruni británica, y recuerda que de novios paseaban por los márgenes del Támesis mirando el Parlamento: “Nunca me imaginé lo sexy que sería vivir bajo el Big Ben y oír las campanadas”. / Efe



MEDIOS

CRÍTICA DE TV



Sergi Pàmies

Viajes musicales

El jueves acabó la primera tanda del *No me la puc treure del cap* (TV3). Que estén tranquilos sus numerosos espectadores: habrá más. Para cerrar la temporada, eligieron la canción *Paraules d'amor*, de Joan Manuel Serrat, que fue durante décadas la balada nacional de una Catalunya melódicamente mestiza y sentimentalmente melancólica. Digo “fue” porque, en el siglo XXI, el liderazgo hegemónico de Serrat se ha visto superado por la gestualidad y la simplicidad de mechero del *Boig per tu*, elevada, incomprensiblemente, a categoría de himno por las opinables preferencias melódicas del personal.

El programa nos brindó la oportunidad de volver a escuchar *Paraules d'amor* en múltiples versiones, algunas instrumentales –que reforzaban las virtudes de una composición falsamente simple (especialmente emocionante la de Josep Maria Bardagí)–, y otras a coro, como esas gremiales imágenes finales en las que grupos de alumnos, jóvenes o trabajadores se atreven a cantar sin vergüenza alguna. Roger de Gràcia, el presentador, entrevistó a Serrat e intentó sonsacarle a quién iba dedicada la madre de todas las canciones. Para hacerlo, recurrió a su enfatizada y eficaz simpatía y a una técnica de entrevistador muy extendida en las ciénagas, desiertos y bosques audiovisuales. Cuando sabes que estás coqueteando con el cuestionario rosa, antes avisas al entrevistado y le dices, explícitamente, que te vas a poner en plan cotilla. Y luego, con la coartada de haber avisado y de haberte desmarcado de la plebe y sus sinónimos, cometes, con la conciencia reforzada, el pecado cotilla. Por suerte, el contexto era inofensivo y permitía esa relajada benevolencia, sobre todo teniendo en cuenta que Serrat se negó a dar ninguna respuesta que rompiera el misterio que tan buenos resultados le ha dado y que pusiera imagen a un amor de palabra.

Serrat no siempre fue así de discreto. En *Conillet de vellut*, otra de sus memorables canciones, la destinataria de la letra era una conocida modelo, perfectamente identi-

Recorrer las tripas de una canción puede convertirse en un ejercicio de turismo musical

ficable, sobre todo por los colapsos estético-visuales y los pasmos epidérmicos que provocaba a su paso. Para cuadrar la rima, Serrat introdujo un número de teléfono (“2038282, *conillet poregós*”) que, según cuenta una leyenda de la época, existía realmente aunque no correspondía íntegramente a la modelo homenajeada. Total: que los pobres abonados que tenían ese número recibieron miles de llamadas preguntando por el aterciopelado conejo y, hartos de estar hartos, tuvieron que darse de baja.

Esta modernidad de incluir un número de teléfono en una letra hoy sería un anacronismo. En los tiempos que corren, lo suyo sería incluir un *tweet* de pajarraco tecnológico o un gruñido de Facebook para que todos los seguidores, amigos y saludados pudieran seguir las peripecias de similares ejercicios de seducción musical. Al terminar la primera temporada de *No me la puc treure del cap*, queda la sensación de que la idea es excelente, de que se producen pocos momentos de emoción retrospectiva y de que la fórmula se acaba mecanizando en exceso. El potencial de las canciones y la amenidad del tono, sin embargo, justifican la fidelidad de un espectador que tiene la oportunidad de descubrir la fragilidad de sus resortes nostálgicos. En el caso de *Paraules d'amor*, recorrer la evidencia monumental de la canción se convierte en un ejercicio más turístico (masificado) que musical.